

mente se disipan las dudas, y cuando el sol intenta salir de entre las nubes, se llega al fondo del precipicio.

Una fuente abundante deja caer un chorro de agua, que un poco más lejos se precipita ruidosamente en una cascada. Aprovechando el tenue brillo del sol y la majestuosidad agreste de la naturaleza, se impresionan unas fotografías. Y ascendiendo de nuevo llegan ya a la ermita de «Sant Segimon».

Un suspiro dulce y sereno escapa de cada uno de los muchachos, y en estos momentos la tranquilidad del espíritu y del cuerpo hace sentir más vivamente el placer de la montaña. Aunque la niebla impide que se vea el árbol más cercano, la imaginación crea unos paisajes de ensueño, de grandeza y de majestuosidad. Cada una de las piedras de la ermita abandonada se les antoja una leyenda y una tradición, y las dependencias anexas a la misma muestran huellas recientes de haber estado habitadas; pero les duele en el alma a los muchachos las grotescas inscripciones, nombres y dibujos, que, en número increíble, han ensuciado aquellos muros que con tanto fervor levantaron nuestras pretéritas generaciones.

Después, la mayoría lucen sus aficiones culinarias, elaborando unos manjares que para ellos son más sabrosos y exquisitos que los de cualquier restaurante de primer orden.

Se inicia el regreso con risas y cantos, que la montaña no niega a quien a ella acude para reponer sus músculos de la fatiga del trabajo. Es que la Naturaleza posee una infinidad de espectáculos, imposibles de representar cuando el aire, la luz y el color están limitados.

ALFREDO CASALS COHI

Sección de Estudio

Ficha arqueológica n.º 35

Establecimiento romano de Sant Cebrià de Cabanyes (San Fausto de Capcentellas)

El estrecho valle regado por el torrente de Cabanyes o de Can Torrents o de Can Torres —que de estas tres maneras es conocido— y presidido por las vetustas ruinas de la iglesia románica de Sant Cebrià de Cabanyes, —antiguamente parroquia, hoy anexa a la de San Fausto de Capcentellas—